

JUAN RUIZ, "DONNEADOR ALEGRE"

A Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, le faltaba vocación y le sobraba vida y afán de bullir. Para comprender su caso hay que colocarlo por delante de Trento y pensar en su retrato, ése que tan perfecto traza la vieja alcahueta de su Libro:

»Señora», diz' la vieja: «Yo le veo a menudo:
»El cuerpo á muy grand, miembros largos, trefudo,
»La cabeça non chica, velloso, pescoçudo,
»El cuello non muy luengo, cabel' prieto, orejudo.

»Las cejas apartadas, prietas como carbón,
»El su andar infiesto, bien como de pavón,
»El paso asegurado é de buena rasón,
»La su nariz es luenga, esto le descompón,

»Las ençias bermejas é la fabla tunbal,
»La boca non pequeña, labros al comunal,
»Más gordos que delgados, bermejós como coral,
»Las espaldas byen grandes, las muñecas atal.

»Los ojos há pequeños, es un poquillo braço,
»Los pechos delanteros, bien trefudo el braço,
»Bien cumplidas las piernas; el pié, chico pedaço;
»Señora, dél nõ vy más: por su amor vos abraço.

»Es ligero, valiente, byen mançebo de días,
»Sabe los estrumentos é todas juglarías,
»Doñeador alegre, ¡por les çapatás mías!
»Tal ome qual yo digo non es en todas erías».

Azorín, el Azorín reposado del paisaje castellano, ha sabido refrenarlo e intentar dialogar: «Querido Juan Ruiz: sosiega un poco... Ahora, en estos momentos dulces y melancólicos de la tarde que muere, frente a la ciudad, en el sosiego de la campiña, tus ojos no recogen toda esta poesía delicada y profunda; tus ojos — ¡oh querido Juan Ruiz! — van hacia aquel caserón que se columbra allá arriba; hacia aquel caserón, a donde tú dirigirás tus pasos esta noche, y en que tú sabes que hay esas lindas mujeres que cantan y danzan maravillosamente».

Pero Juan Ruiz no dialoga; antes de que anochezca ya ha ido al caserón; al amanecer está de rodillas a la puerta de la Ermita de la Virgen. Su vida es esto: un ir de la mujer del instinto a la pureza de María. Así será, después, la vida de Lope: un equilibrio entre el amor y el odio, un estar perdido por cuerpo y alma de mujer.

Anterior a Trento, y en su época, Juan Ruiz no es un caso único. Chaucer nace en 1340 y lo pintan mirando al suelo, «como buscando una liebre». El Arcipreste mira a todas partes y no son liebres lo que busca. Los Cuentos de Cantorbery son el exponente de la vida inglesa del siglo XIV. Los peregrinos que van a visitar la tumba de Santo Tomás Becket cuentan y oyen las aventuras más groseras: está la sátira contra la mujer y el elogio de ellas, la fábula, la narración piadosa, el relato humorístico lleno de realismo y de grosería. Es el ambiente de una peregrinación en el siglo XIV, el siglo de Boccaccio, el otro ejemplo paralelo en lo italiano. Boccaccio

muere en 1375, ha surgido en el ambiente agrio de la peste de Florencia, cuando la aventura amorosa ha llegado hasta los conventos. Petrarca, sin más luz que la belleza de moda de Laura, ha fustigado la corte del Papa. Todo es relajación y todo es cárcel. Así surge el Libro del Buen Amor también en una cárcel y también con petición de gracias. Al principio y al final el Arcipreste más libertino de todos los tiempos, ha rimado los Gozos de Santa María: el libro es un círculo cuyo final enlaza con el principio. El viejo y exigente juglar del *Poema* compone creciendo desde el verso conservado, de corte francés de los ojos que lloran, hasta llegar a la apoteosis de Toledo. En el camino las dos alturas —aparición del paisaje— de Valencia y de Corpes. Aquí lo humano se vuela y se viene a primer término. Cuando el amor entra en Toledo sólo se percibe la algarabía del recibimiento. Toledo permanecerá «virgen» hasta su descubrimiento por Garcilaso. ¡Poco sabe de paisaje este Arcipreste! ¡Pero cuánto sabe de retrato! En el *Poema* apenas se retrata a la mujer. Dos trazos presentan a tres mujeres —Jimena, Doña Elvira y Doña Sol—. En cambio, a Juan Ruiz se le escapan las palabras:

*«De talla muy apuesta é de gesto amorosa,
»Loçana, doñeguil, plazentera, fermosa,
»Cortés é mesurada, falaguera, donosa,
»Graciosa é donable de amor en toda cosa».*

Del viejo juglar de Medinaceli a Juan median dos siglos, y en medio Berceo ha descubierto para España el culto a la mujer. Valbuena ha hablado de románico y gótico, de Cid y de Macías el enamorado. El gótico del Arcipreste va ya hacia el naturalismo renacentista y Macías está a punto de vender el alma al Diablo.

Sin embargo, cuando llega la muerte de Trotaconventos, el Arcipreste pierde la seguridad en su vivir alegre. La primera imprecación parece una de las danzas macabras medievales:

«¡Ay Muerte!, ¡muerta sseas, muerta é malandante!».

Su declaración frente a la muerte que todo lo iguala es puro hablar calderoniano:

*«A todos los ygualas é lievas por un prez:
»Por papas é por reyes non das una vil nuez».*

Pero después de este llanto, de esta maldición y de este desengaño, está el elogio de la dueña chica. El Arcipreste es hombre que no tiene arreglo. Vive cuando Avignón es una cárcel y cuando impera la simonía, y volvamos a lo mismo, cuando faltan dos siglos para que Trento lance a la Cristiandad la solución para un momento crítico. El Arcipreste es un libertino al que la vida le brota a borbotones y se le escapa. Por eso está encarnado, gordo, enardecido y comilón. Sólo así, colocándolo en su marco y conociendo su retrato, el Arcipreste donador y sabidor de todas juglarías se salva de ser un hombre despreciable.

Menéndez Pelayo, católico a machamartillo, le pide cuentas de sus versos y no de su vida. Su verso es más encendido, más colorado y más desbordante que su vida. Es para siempre el verso del amor. De los dos amores: del loco amor y del buen amor. Su libro fué también el breviario de los dos amores. Y Juan Ruiz se pierde con su hablar joven en aquel caserón en que lo dejó Azorín. Mañana cantará sus Gozos de Santa María. Y por la tarde, otra vez, cantará «de como ffué enamorado». En esta diaria alternativa estará la razón de su vivir. Su monotonía será su variación. Es la veleta de su tiempo, una veleta que sólo señala Norte o Sur. El «intermezzo» nacerá en el siglo XIX.

Antonio GALLEGO MORELL.